

RONNIE PIÉROLA GÓMEZ

EL
VALLE
DE
LOS
CAÍDOS

"Finalista del Concurso Internacional de Novela Kipus"
TERCERA VERSIÓN

Grupo Editorial
Kipus

1.

Como una remembranza perpetua recordarían por siempre la noche en la que ella nació. Consideraban la justificación más exacta para explicar los motivos por los cuales ella podía comunicarse con los muertos, porque había nacido la noche tormentosa de Todos Santos, antes de que llegara la electricidad. En esa espectral maldición de oscuridad los relámpagos de un cielo verdugo y tirano decidieron castigar los errores de un pueblo acostumbrado al pecado y las gotas de lluvia, cargadas de humedad, golpearon con tal intensidad que los desagües contruidos por los fundadores de la aldea reventaron ante una presión nunca antes vista. Así las fachadas de los hogares parecieron llorar y con sus lágrimas se formaron ríos que atravesaron las viejas calles adoquinadas de dolor, y en las esquinas empezaron a llenarse las bocacalles de antaño hasta que, finalmente, vencidas por el hercúleo volumen terminaron por reventar, mezclando en el camino el agua interminable con los desechos de los temerosos habitantes, formando así una masa de mierda gelatinosa que tardó días en ser removida. El cielo se ensañó de este modo con Belladona, aquel pueblo que subsistía carente de alma y olvidado por la vida.

Aquella noche, mientras la porquería inundaba las calles y los cielos parecían vaciarse, nació parida de modo natural Santamaría de la Piedad Vicuña Espada del Rosal, hija del coronel retirado Gerardo Vicuña Espada y de la señora Hortensia del Rosal Achá. Su parto, ensombrecido por la torrencial tempestad, se llevó a cabo bajo la orientación estricta y escrupulosa de la partera más vieja del pueblo, que en un intento sobrehumano había esquivado las calles inundadas de porquería hasta llegar a la rancia casona ubicada en el corazón del barrio de los ricos. La niña, pálida como la Luna, era una infanta de ojos enormes y labios oscuros cuya mirada parecía escrutar el alma. La partera, que era una mujer experimentada, se asombró de la profundidad de aquella mirada, y si bien en un inicio consideró que solamente era un angelito de ojos grandes, se asustó de veras cuando vio que la criatura la miraba moverse de un lado al otro como si con su mirada pudiese atravesarle la voluntad. Repentinamente, la partera de los años de rutina, sintió en la mente una claridad que nunca antes poseyó, y tuvo,

sin realmente saber por qué, la visión clara de que esa recién nacida tenía una misión terrible en este mundo. Se puso nerviosa y quiso irse de inmediato porque pensaba buscar al párroco del pueblo para contarle la visión que había tenido, y sin aceptar las atenciones de los felices padres decidió marcharse. Caminó evitando los lodazales de excremento y vómito que se cruzaban en las esquinas, y cuando por fin pudo divisar a lo lejos la puerta del templo, sintió que un frío espeluznante se apoderó de todo, y no recordó más, porque en ese momento algo la atravesó por completo y la partió en dos. Al día siguiente encontraron algunas partes de ella, y solamente la reconocieron por un viejo anillo que llevaba siempre a todo lado y cuya piedra, antes verde, estaba teñida de rojo.

Contaminada de mierda, lodo y temor, Bonadona se arrastró en su miseria para volver a la normalidad, pero del aturdimiento de la borrascosa noche tuvieron que pasar al pánico inmediato de saber que algo rondaba en los alrededores del pueblo, porque Marcos Espinal, el hijo del granjero, apareció por la enfangada plaza principal gritando que en las afueras encontró decenas de ovejas descabezadas de cuajo. Cuando los hombres fueron a inspeccionar el lugar no solo encontraron a los borregos decapitados, sino que además notaron que las pobres bestias no tenían sangre en las venas. La impresión que provocó en el pueblo el hallazgo de los carneros destrozados terminó por cuajar en un miedo palpable que se respiraba incluso en las arduas jornadas de escarbar porquería para encontrar los cadáveres que había dejado la borrasca de mierda. La tenebrosa presencia ocupó el pensamiento de todos los habitantes del pueblo, pero se instaló de modo especial en las charlas de los más viejos que afirmaban sentir en los huesos el augurio propio de la aflicción. Nunca se supo qué pudo destripar a las ovejas del granjero Espinal y nadie relacionó la muerte de la partera con la aparición de tal amenaza, pero incluso el valor de los más fuertes se puso a prueba cuando los más ancianos se murieron de golpe en una noche en que más de uno sintió que entre las sombras acechaba una figura tenebrosa cuyos malvados ojos brillaban fulminantes.

Desde entonces y para siempre los habitantes del pueblo tuvieron noches intranquilas, cargadas de pesadillas malditas en las que morían una y otra vez de las formas más atroces. Fueron días de miedo y luto, pero como el tiempo pasa y las arenas del olvido logran taparlo todo, la gente volvió a las calles y empezó a acostumbrarse a que cada cierto tiempo aparecieran animales despellejados y a que de vez en cuando se muriera alguien.

2

Los otoños cafés, que arrastraban siempre consigo a los veranos de calor y a las primaveras de arcoíris en flor, pasaron una y otra vez hasta que Santamaría de la Piedad, ya convertida en una niña hecha y derecha, terminó por convencerse de que amaba a los inviernos, sobre todo porque era más frecuente que en esa época se le aparezcan los diversos personajes grises que solían llamarla por su nombre y que la buscaban en los horarios y situaciones más extrañas.

Para Santamaría de la Piedad aún era fresco el recuerdo de la primera vez que, aun siendo muy pequeña, fue a contarle a su madre que le había buscado un sujeto que luego ya no estaba allí y cuya foto después vio en los obituarios del domingo, y también recordaba con certeza el rostro de la señora que se murió el Domingo de Ramos y que, sin embargo, la visitó el Viernes Santo para pedirle un favor.

Hortensia del Rosal no se asustó y, por el contrario, asumió con total normalidad que los seres del más allá quieran despedirse de los vivos y hasta le gustó la idea de que su hija pueda ayudarles, porque si bien la matriarca había sido criada en el seno de una familia católica en cuyo linaje figuraban tres curas y hasta un obispo, entendía bien que la mayor añoranza de la otra vida era comunicarse con los que iban quedando atrás. Distinta fue la reacción del coronel Vicuña, quien al enterarse de las pretensiones de mediadora de los difuntos de su hija, optó por la salida más simplona y afirmó sin alarmarse: «ya se le pasará». Pero, aún a pesar de lo asegurado por el padre de edad sólida y rango militar destacado, no solamente no se le pasaban los dotes de comunicadora del más allá, sino que, por el contrario, aumentaban los encargos, y se espantó de veras cuando Santamaría de la Piedad empezó a escribir notitas en hojitas ocres de distinto tamaño para llevarlas ocultas entre sus vestidos y revelarlas en el momento menos oportuno.

Así fue que sucedió aquella vez en que la niña, de mirada profunda, afirmó: «allí está, es la señora para la que tengo el recado». Enseguida corrió soltándose de la mano protectora de su padre para acercarse a la viuda de Santander y con una

sonrisa le dio la hoja arrugada del mensaje secreto. La viuda la recibió con la educación de quien accede al juego inocente de una niña. Lo que no imaginó la viuda de Santander fue que al leer la nota sus manos temblarían y sus ojos se llenarían de lágrimas, porque la notita contenía el saludo extraviado del marido difunto y nunca nadie supo explicar la situación porque el coronel Vicuña Espada se alejó afirmando que seguro Santamaría de la Piedad debió escuchar algo de alguien, que esas cosas pasan y que por favor se acepten las disculpas del caso.

Cargando la incomodidad de lo inexplicable y jalando del brazo a la hija de las visiones post mortem el coronel Vicuña se alejó del lugar mientras la niña miraba de reojo las esquinas oscuras donde siempre le parecía que algo la observaba. Al llegar a su casa, Gerardo Vicuña creyó volverse loco cuando la pequeña le explicó que solamente cumplía un encargo del más allá. Él no aceptó ni de broma la insólita explicación que le dio su hija afirmando una y otra vez que el mismísimo señor Santander le había pedido que entregue esa notita con ese tenor y cuya redacción la hizo ella misma cuidando su ortografía y corrigiendo alguna que otra redundancia.

El coronel, convencido de que eso era imposible, la castigó por mentirosa encerrándola en su habitación por una semana. La niña, que tenía una terraza pequeña y coqueta que daba al inmenso patio de la hacienda donde vivía, empezó ahí una afición que la perseguiría toda la vida: leer.

Cuando Santamaría de la Piedad no leía se la pasaba mirando al inmenso patio, y por las noches jugaba a identificar dónde estaba el brillo de los ojos de aquella figura oscura que desde muy niña ella sabía rondaba por allí, siempre camuflada en las sombras y eternamente moviéndose en un acecho perpetuo. Las primeras veces que sintió aquella perturbadora presencia se lo contó a sus padres, pero como nunca encontraron nada terminaron por creer que los ojos brillantes que desprendían miedo eran cosa de una amplia imaginación que galopaba entre nubes de color rosa y monstruos ficticios.

Las jornadas del castigo injusto fueron marchitándose una a una y Santamaría de la Piedad volvió a su libertad la que, sin embargo, no varió mucho de su estado de encierro, porque siguió leyendo con avidez los innumerables libros que poseían sus padres en su vieja biblioteca, y continuó recibiendo los recados de los muertos que la visitaban. Fue así que aumentaron los mensajes para los vivos que ella se comprometía a entregar, y sucedió de este modo con Juan Solís, el panadero, cuyo hijo murió un mes antes partido en dos porque estaba revisando la máquina de

la cual no tenía ni idea de cómo funcionaba. También tuvo su mensaje Andrés Machicado, el mecánico, cuya esposa murió de un aneurisma sorpresivo que provocó que la gente crea que el hombre la había matado, pero no fue así.

Todo aún marchaba como que esta etapa rara se pasaría sola cuando entregó una notita a Rosio Subieta, la enfermera, con un recado de su madre muerta hacía décadas y un saludo comunitario de toda la familia que estaba ya de aquel lado de la existencia, o a Epifanio Fuentes, el carpintero, que lloró de alegría cuando su madre, que ya de Dios gozaba, le avisó por una nota dónde estaba enterrada la fortuna familiar que le permitió salir de la pobreza y que le dio alas para irse a vivir a otro lado para no volver jamás de los jamases.

Desde su nacimiento, Santamaría de la Piedad Vicuña pudo comunicarse con los muertos, su capacidad, terrible para unos y bendita para otros, le ha valido el miedo de algunos y el fervor de muchos.

Sus padres, en un intento desesperado por salvar a su hija, buscarán en el corazón de un gran salar al único ser que puede curarla de ese mal: un centenario curandero de almas.

Nardo, el pueblo que fundan en el núcleo del salar, replicará en su desarrollo los vicios que eternamente condenan a la humanidad, y que son en esencia aquellos de los cuales se nutre una criatura más antigua y terrible que el hombre.

Los Vicuña, a través de sus seis generaciones, serán, sin saberlo, una pieza fundamental en un plan mayor que condenará a toda la humanidad.

Esta es una historia apasionante, narrada con una amplia estética literaria, que en cada personaje nos deja una enseñanza y que le ha valido a su autor ser, por segunda vez, finalista del Premio Internacional de Novela Kipus.

ISBN: 978-99974-14-27-4



9 789997 414274